

teorema

Vol. XXXI/2, 2012, pp. 187-191

ISSN 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2012) 31:2; pp. 187-191

REVISTA DE LIBROS/BOOK REVIEWS

What Is This Thing Called Ethics?, de CHRISTOPHER BENNETT, ROUTLEDGE, LONDRES, 2010, 190 pp.

Christopher Bennett es un joven filósofo escocés, profesor en la Universidad de Sheffield y autor de una audaz teoría del castigo detallada en diversos artículos y en el libro *The Apology Ritual. A Philosophical Theory of Punishment* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008). Justificada desde la práctica de pedir disculpas y el entramado emocional que esa práctica comporta, dicha teoría trata de retener un componente central del momento retribucionista del castigo como expresión de la debida condena moral, sin sacrificar no obstante el momento proporcional de la justicia restauradora o reparadora. Esa innovadora teoría deja algunos rastros en *What Is This Thing Called Ethics?*, una excelente iniciación a la ética filosófica que, como Bennett deja explícito tanto en la introducción como en la conclusión del libro, se guía por la intención de buscar un ajuste entre las convicciones y prácticas morales cotidianas y la teoría moral. Que ese ajuste tiene una orientación reformista es algo que también se declara al final del libro: “Nuestra comprensión intuitiva de la moralidad necesita este proyecto extendido del teorizar moral para corregirse, de igual modo que el proceso del teorizar moral requiere, para corregirse, las comprensiones que proceden de nuestra captación intuitiva de la moralidad” [pp. 162-163].

La obra está estructurada en tres partes equilibradas, de tres capítulos cada una. Esta distribución se ajusta a los destinatarios del libro, entre los que se cuentan ante todo los estudiantes de primeros cursos universitarios de filosofía. La primera parte (titulada “Vida y muerte”) intenta azuzar la curiosidad y el apetito especulativo y argumental, la segunda (“Tres puntos de partida en la teoría moral”) trata de asentar las bases filosóficas, y la tercera parte (“Direcciones adicionales para el pensamiento moral”) busca abrir perspectivas y encauzar preocupaciones. Ahora bien, cabe dudar de la conveniencia de esa distribución. Tal vez hubiera sido preferible comenzar el libro por la segunda parte, dedicada a las tres tradiciones más importantes de la filosofía moral, expuestas en este orden: utilitarismo, kantismo y aristotelismo. (Por lo demás, esta ordenación es significativa tanto del tipo de enfoque como de la relevancia asignada a las teorías morales expuestas). En las discusiones en las

que se centra la primera parte del libro se recurre una y otra vez a los autores, argumentaciones y doctrinas de todas y cada una de las tradiciones que se exponen de manera académica en la segunda parte. En vista de los destinatarios principales del libro, esta posposición no parece ser del todo operativa; antes bien, anteponer la lectura de la segunda parte les facilitará una comprensión más completa de las cuestiones debatidas en la primera.

Además, no está claro por qué estas cuestiones iniciales sobre “la vida y la muerte” no están más abiertas a –o son menos orientadoras de– las direcciones que ha de tomar el pensamiento moral que las cuestiones discutidas en la tercera parte, las cuales giran en torno a las limitaciones de tres tipos distintos de enfoque cuando de lo que se trata es de justificar nuestra teoría moral y de dar cuenta al mismo tiempo de nuestras convicciones morales cotidianas, a saber: las limitaciones tanto de la religión y la teología, como del contractualismo clásico y contemporáneo y, en fin, de los maestros de la sospecha y sus continuadores actuales en el ámbito de la crítica social. Pues, por un lado, estos tres capítulos finales se ajustan a un esquema temático que complementa el decurso seguido en la segunda parte por los planteamientos teóricos más relevantes de la tradición occidental de la filosofía moral. Y, por otro lado, los tres capítulos iniciales (que versan acerca del sentido de la existencia, acerca del valor de la vida en relación con el aborto, la eutanasia y el trato a los animales, y acerca de la ayuda a los necesitados y de la pobreza a nivel mundial) más bien resultan aplicaciones de esa teoría moral mixta que trata de rescatar los fenómenos del sentido común que desgranar los restantes capítulos.

Las anteriores apreciaciones, un tanto quisquillosas, no desmerecen el tenor del volumen en conjunto. Algo más le compromete la inclusión de un glosario que recopila tan solo una docena de términos. Además de escuálida, la selección peca de arbitraria y de poco informativa; valgan de ejemplos la entrada irrelevante (de hecho, una mera traducción) del término “Schadenfreude” y la somera aclaración al término “Critique”. Y, sin duda, le hacen un flaco favor a la intención didáctica del libro ciertas imprecisiones o incluso lecturas dudosas por lo que se refiere a los esbozos y retazos de historia de las ideas morales. De nuevo unos ejemplos. En varios momentos se sostiene que la concepción deontológica de la moralidad y la noción kantiana de la dignidad de la persona siguen amarradas a una previa concepción de la moral con base en la teología. Nada que objetar a que las rehabilitaciones antiguas y contemporáneas de la concepción aristotélica de las virtudes se nos presenten en el libro felizmente liberadas de fardos teológicos y débitos religiosos. Pero, aparte de que cabría mayor precisión hermenéutica en torno a la teoría de Kant, no hubiera estado de más señalar que la supuesta genealogía teológica es del todo prescindible en potentes articulaciones contemporáneas de los dos temas kantianos antes citados. Cabe igualmente preguntarse si merece confianza la estimación de Bennett de que, pese a que Nietzsche intentara recha-

zar la desorientadora vacuidad del nihilismo mediante la transvaloración de todos los valores, “hay algo un tanto desesperado acerca de su punto de vista. A veces se tiene la impresión de que no puede del todo convencerse a sí mismo de que los valores puedan existir si Dios no existe” [p. 112]. O, para concluir esta sarta de ejemplos, cabe también dudar que John Stuart Mill se acomode con tanta facilidad como pretende Bennett a la máquina –que Nozick patentara– de las gratificaciones generadas mediante experiencias virtuales [pp. 10-12].

Con todo, la segunda parte del libro depara exposiciones meritorias de las tres tradiciones examinadas, en especial las dedicadas al aristotelismo y al utilitarismo. También destaca la exposición sobre el sentido de la existencia en el capítulo primero, que practica una crítica del hedonismo epicúreo y del hedonismo ético utilitarista desde posiciones aristotélicas. Si bien Bennett declara que ninguno de los capítulos del libro pretende aportar una revisión o una solución definitiva de los temas y problemas tratados en cada caso, esa apreciación vale particularmente para el segundo y el tercer capítulos, en los que adopta la estrategia de interrelacionar casos dispares en torno a suposiciones que les son comunes. En el capítulo segundo enlaza los temas del aborto, la eutanasia y el respeto a los animales en torno al supuesto compartido de la “santidad de la vida humana” o, por mejor decir, al valor intrínseco de la vida humana y a los límites en torno al mismo. El capítulo termina criticando esta posición en su versión deontológica kantiana, crítica que complementa a las que luego se vierten en el capítulo quinto; pero no se detiene a desmontar la alternativa consecuencialista en la que apoya dicha crítica, lo cual se pospone hasta el capítulo cuarto. Menos resolutivo resulta el capítulo tercero, que aborda el alcance de nuestros deberes de ayudar a los que lo necesitan, como es el caso de los pobres en el mundo, valiéndose del entrecruzamiento de dos célebres ilustraciones de dilemas morales: el caso del niño que se ahoga en el estanque de Peter Singer en “Famine, Affluence and Morality”, y el del violinista famoso cuyo sistema circulatorio ha sido enchufado al tuyo de la noche a la mañana sin tu consentimiento, caso propuesto por Judith Jarvis Thomson en “Defence of Abortion”.

En el capítulo séptimo Bennett argumenta que la ética puede defenderse y valerse por sí misma en términos no religiosos. Frente a la alianza de teístas y ateos radicales en torno a una conexión interna de ética y religión (según unos, hemos de creer en Dios para que la moral tenga sentido; para otros, la moral no tiene sentido porque Dios no existe), opta por la tercera vía de un humanismo agnóstico que sostiene la validez de la moral con independencia de Dios y la solvencia de nuestro acceso racional a la misma sin garantías de orden religioso. El debate con el teísta tiene su momento álgido en la discusión del dilema del *Eutifrón* aplicado a la teoría del mandato divino y en la defensa de que tanto la revelación religiosa como la interpretación de textos sagrados, lejos de desplazar nuestras convicciones y razonamientos morales,

precisan en realidad de ellas para hacerse siquiera inteligibles como supuestas fuentes de conocimiento moral.

Hasta cierto punto el debate con el ateo prometido al comienzo del séptimo capítulo se desplaza al capítulo final del libro, donde se exponen y se discuten las críticas radicales de la moralidad por parte de Marx y de Nietzsche. De ellas podemos aprender a examinar los tapujos de la inevitable mediación social y cultural de nuestras ideas y prácticas morales, pero hemos de asumir con pareja lucidez –concluye Bennett– la magra ganancia que nos aportan esas modalidades de la crítica social si se abandona la pretensión de que hay actividades más valiosas que otras.

Entremedias el capítulo octavo expone tres destacados desarrollos del constructivismo moral contractualista, coincidentes en la idea básica de que las reglas morales que hacen posible la cooperación social resultan de una peculiar invención humana, de una clase especial de acuerdo entre individuos con plenas capacidades racionales. Por un lado, Bennett recuerda la derivación hobbesiana de la moral desde el interés propio racionalmente encauzado (con la actualización de la misma en el contractualismo de David Gauthier en el trasfondo) y realiza desde ahí un par de rápidas incursiones: una por la deriva del egoísmo psicológico en la versión genética de Richard Dawkins, contemplada como un prototipo de las teorías evolucionistas contemporáneas, y la otra por la supuesta insolvencia de la teoría de la elección racional ante el problema del *free-rider* y ante el dilema del prisionero. Por otro lado, Bennett apenas se detiene en exponer y discutir la clásica contribución de John Rawls, que enfoca unilateralmente como una *fair play social contract theory* que obtiene los deberes morales con que regulamos las relaciones constitutivas de la cooperación social a partir del “valor de la *fairness* o reciprocidad (yo rasco tu espalda, tú rascas la mía)” [p. 137]. Esa evaluación deficiente y hasta distorsionada de la teoría rawlsiana es una debilidad que tiene más recorrido en otros pasajes del libro. En todo caso, no se enmienda cuando Bennett rastrea al final del capítulo la senda del contractualismo kantiano que ve coronada en la propuesta de Thomas M. Scanlon, en la que reconoce una vaga reminiscencia de la cuestionable exigencia rousseauiana de obligar al disidente a ser libre.

Como insinué al comienzo, la temática del castigo hace aparición en varios pasajes del libro, si bien siempre en el marco de exposiciones relativas a la historia de las ideas morales. Se alude a la justificación religiosa del retribucionismo divino como garantía de la moral en el mundo [pp. 113-114]; se expone la insuficiencia del recurso de la moral kantiana al castigo cuando de lo que se trata es de que esa teoría dé cuenta de nuestra indefensión ante los ofensores [p. 80]; se analiza la réplica utilitarista al punto de vista retribucionista que priva al ofensor de su estatuto moral o de su dosis de felicidad y la consiguiente justificación utilitarista del castigo en razón de las consecuencias directas [pp. 58-59], así como las enmiendas que introduce el utilitarismo

de la regla a dicha justificación debido a las derivaciones inaceptables que ésta depara, como la consabida celebración del castigo al inocente en aras de un efecto bueno que resulte suficientemente importante [p. 65]. Otras consideraciones quedan, en cambio, sin la debida aclaración, como cuando Bennett afirma rotunda y un tanto extemporáneamente que “en casos extremos, puede ser que a veces la gente cometa crímenes tan malos que pierdan el derecho a la vida, o que merezcan morir” [p. 32].

Ciertamente, las razones para este tipo de afirmaciones hay que buscarlas en el libro al que aludí al comienzo, *The Apology Ritual*. En el libro que aquí ha sido reseñado se encontrará en cambio una introducción didáctica, elegante y bien escrita, cuyo estilo ligero y ameno la hace muy recomendable para los primeros cursos universitarios y para quienes se quieran iniciar sin estridencias en el estudio de la teoría moral.

Francisco Javier Gil Martín
Departamento de Filosofía
Universidad de Oviedo
c/Tte. Alfonso Martínez s/n, E-33071 Oviedo
E-mail: javiergil@uniovi.es